

## Samuel Jaramillo *Dime si en la cordillera sopla el viento*

*Dime si en la cordillera sopla el viento*  
Samuel Jaramillo  
Alfaguara  
Bogotá, 2015  
424 pp.



Tomado de <https://goo.gl/SavCxy>

Debo confesar que mientras avanzaba en la lectura de *Dime si en la cordillera sopla el viento*, no dejaba de recordar el tono y el sentido de los versos de *Muerte dos veces*, uno de los poemas de *Geografías de la alucinación* de Samuel Jaramillo, en el que el poeta dice que “Nosotros hablamos de la muerte/ llamándola con el nombre de una vieja compañera/ de la cual no podemos librarnos”. Y al paso de la lectura de cada una de las tres partes que componen la novela, deteniéndome particularmente en determinados episodios, veía que al igual que en el poema citado la muerte “nutre nuestro tiempo”, en la obra ella está “habitando cada latido de sangre,/ paralizando la alarma/ de nuestra mirada de conejos atemorizados”. Y es que en eso nos vamos convirtiendo, de cara a la historia del país y durante la lectura de esta cordillera y, particularmente, en algunos de los momentos culminantes: en “conejos atemorizados”.

Entre el poeta y el narrador se me atravesaba, además, el científico social, ese economista reconocido que hace lecturas críticas a Marx y habla con solvencia “de ingreso y riqueza”, de “distribución”, de la “sociedad de mercado”, en fin, temas relacionados cada vez más con políticas económicas que ya avanzan por el siglo XXI. Y no dejo ahora de pensar en ese impor-

tante lugar que toman aquellos autores de las ciencias sociales, de quienes devienen escritores de ficción o de poesía, como es el caso de Samuel Jaramillo. Ahí tenemos, por ejemplo, solo por citar a algunos de sus contemporáneos colombianos provenientes del derecho, la sociología o el urbanismo, como es el caso respectivo de Darío Jaramillo Agudelo, Roberto Burgos Cantor, R.-H. Moreno Durán, Rodrigo Parra Sandoval, Azriel Bibiowicz y Darío Ruiz Gómez, entre otros. Ha sido habitual llamar la atención sobre el poeta que deviene novelista, pero aquí se trata no solo de quien desde la ventana del lenguaje poético siente y mira el mundo, sino del científico social que lleva a la ficción debates conceptuales o teóricos que apelan a lo que se relata y a su mismo contexto, ofreciéndole en sus ficciones otras posibilidades de interpretación y recreación de la realidad.

Es por eso que al avanzar en la lectura de esta novela no solo vi al poeta, sino al experto en economía que en determinados episodios se asoma en la voz y las reflexiones del personaje narrador quien, sin distraer de las realidades que toda ficción ofrece, cuenta los intrínsecos de la historia y de determinadas familias, mientras se mueve desde la década de los años treinta del siglo XX hasta el presente. Pero eso no

hace pesada la novela, por el contrario, le da potencia y densidad al llevar hacia diversos debates relacionados con tendencias políticas y sociales, por ejemplo, y permitir entender planteamientos de los momentos referidos, de determinados grupos sociales y culturales, de situaciones emocionales o psicológicas. A través de su narrador, desde las diversas versiones con las que cuenta y busca armar como si fuera un rompecabezas, Samuel Jaramillo hace ver una historia tan real como imaginaria, tan relativa como posible, tan truculenta como paradójicamente tranquila y familiar.

En *Dime si en la cordillera sopla el viento*, el escritor de ficción y de poesía, quien es autor de la novela histórica *Diario de la luz y las tinieblas*. Francisco José de Caldas (2000), reconoce que las historias, según el lugar desde el que se las mire, no son unidimensionales sino llenas de recovecos, versiones, vasos comunicantes, personajes primarios y secundarios, que tienen eventos solemnes e insignificantes, mucha letra menuda; de tal manera que quien cuente, lea, escriba o vivencie puede dar su propia interpretación.

El narrador y el poeta se fusionan más por el tono que por las imágenes, que también existen y son claramente sugestivas. La mayoría de las veces, el tomo reflexivo de quien cuenta hace ver al lector que se ha tomado el trabajo de indagar aquí y allá buscando la “verdad” de la historia de una familia, de cada uno de los protagonistas y de otros personajes que de una u otra manera están relacionados. Se percibe la conciencia de escritura de quien ha ido recogiendo relatos que entrelaza dándoles un orden, no sin antes generar expectativa sobre algo que habrá de suceder o habrá de aclarar, para que cada lector se sienta deseoso de conocer diferentes desenlaces, encontrar explicación o respuesta a determinadas expectativas generadas ser apelado e inter-

pelado para que observe, se detenga en determinados momentos y ante determinadas situaciones o eventos que son básicos para comprender la totalidad. El mismo narrador quiere comprender y si apela al lector, si le pide disculpas por sus digresiones y disquisiciones ya políticas, ya sociológicas, ya sociológicas o sobre el tiempo y los hechos, tiene claro que una novela se nutre de unos acontecimientos, pero se sostiene con la imaginación, que es algo que también sucede.

Quien cuenta lo que a su vez otros le han contado, piensa en cómo debe hacerlo, pues considera que debe analizarse la exigencia de la forma y del estilo que reclama cada obra según su temática, asunto que hace muy contemporánea a la novela y es traducido en la imagen del pescador y del pez: como el escritor que aspira a pescar la forma, el narrador requiere atrapar con su caña de pescar a un lector que caiga como presa en la lectura de esa realidad imaginaria.

Si bien el narrador reconstruye la historia desde múltiples retazos, no lo hace como el novelista histórico que acude a datos encontrados en los archivos de la historiografía, sino quien sigue los pormenores de la memoria viva que es sinuosa, escurridiza y acomodaticia. Se trata de recordar. De hacer memoria. De mirar lo que cada cual guarda dentro de sí y le pide cuentas, de las conjeturas personales de esa memoria. De ahí que como en un laberinto, el narrador haga desvíos, rodeos, digresiones, saltos en el tiempo. Y de ahí, también, que genere suspenso, expectativas que obligan al lector a estar atento y a querer regresar a determinado momento o hilo suelto que magistralmente será anudado en su momento oportuno. El narrador está tejiendo, amarrando hilos de vidas íntimas y privadas que, de alguna manera, reflejan situaciones colectivas. Lo particular está en que cada

relato se cuenta como quien retrata situaciones o hechos, lo que une toda la novela a un instante que rescata y fija la memoria a vieja fotografía familiar que permite ver el pasado cincuenta años después de ocurridos los hechos.

Todo se concentra en esa foto que traza una línea transversal y que está de principio a fin sostenida en el tiempo. La fotografía inicia, cierra y hace estaciones a lo largo de toda la historia y es mirada por el escritor que cuenta y apela al lector para que la mire desde diversos ángulos y se cerciore de lo que está ahí, de lo que se dice y ve, de lo que sugiere, de las ausencias y de las presencias. No sólo importa el primer plano, sino cada ángulo, incluso de lo está detrás de cámara o antes de ella, arriba, abajo, a los lados. Es, digamos, como quien mira una pintura barroca o más explícitamente *Las Meninas* de Velázquez, por ejemplo. La representación de un mundo que parece unitario y armónico, pero más bien es un espejo roto.

Desde el comienzo el lector sabe que algo doloroso va a empañar la belleza de ese grupo de jóvenes hermanas que sin darse cuenta en cualquier momento perderán la inocencia. Desde el comienzo se presiente que algo ha de pasarle a cada una de las figuras retratadas. Cada perspectiva conduce al después, al futuro anunciado, a las catástrofes, como se va entrelazando y develando de manera particular en cada una de las tres partes: sabremos de incordios familiares, conflictos sociales, miedos, formas de violencia que la vida ejerce; realidades confusas e indescifrables.

Entenderemos, en la medida en que se avanza de una a otra parte, lo que significa construir un emporio en lo más alto de una montaña, como emulando la superioridad de un señor feudal. Sabremos lo que es alejarse haciéndose inaccesible y distante, lo que significa el desamparo y las formas de enmascararlo. Veremos lo que es ser de

provincia frente a las tensiones que implica la ciudad capital. Y si la fotografía remite a 1947, el lector aguzado sabe que está en los albores de la explosión de la violencia partidista en Colombia. Pero hay algo más: son también relatos de vida doméstica en una determinada familia de un determinado lugar de provincia, donde se viven choques sociales y económicos que luego se matizan con choques políticos. Se trata de cómo el horror, el miedo, el dolor y el desencanto forman parte de la domesticidad.

Dosificadamente vamos entendiendo que quien narra es un descendiente de uno de los personajes de la fotografía emblemática, permanentemente referido a un contemporáneo suyo, también pariente, en un país que camina por el siglo xx con todos los avatares de la violencia. Es una sociedad en crisis, en permanente conflicto, donde no todos son conscientes de ello. A medida que se avanza en el tiempo, los episodios violentos son aludidos, aunque hay algunos claramente determinantes que hasta cierto punto definen arbitrariedades que los periódicos se encargan de mostrar según su inclinación política liberal o conservadora. Las revelaciones aterradoras también son dosificadas, como para que el lector soporte el peso de la barbaridad.

Hasta aquí mis reflexiones. Lo otro es seguirle el paso a cada personaje de ese núcleo familiar que opera como microcosmos de una historia problemática y llena de catástrofes, que se inicia generando alerta y culmina con estada de alarma y frente al interrogante de qué más irá a suceder. Después de que narrador escribe la última palabra de este relato, lo imprime y desaparece, queda el lector atento a lo que pueda suceder.

LUZ MARY GIRALDO  
Septiembre de 2015